



Clara y el Armadillo

K

escrito por David Dudenhoefer
ilustraciones por Deirdre Hyde

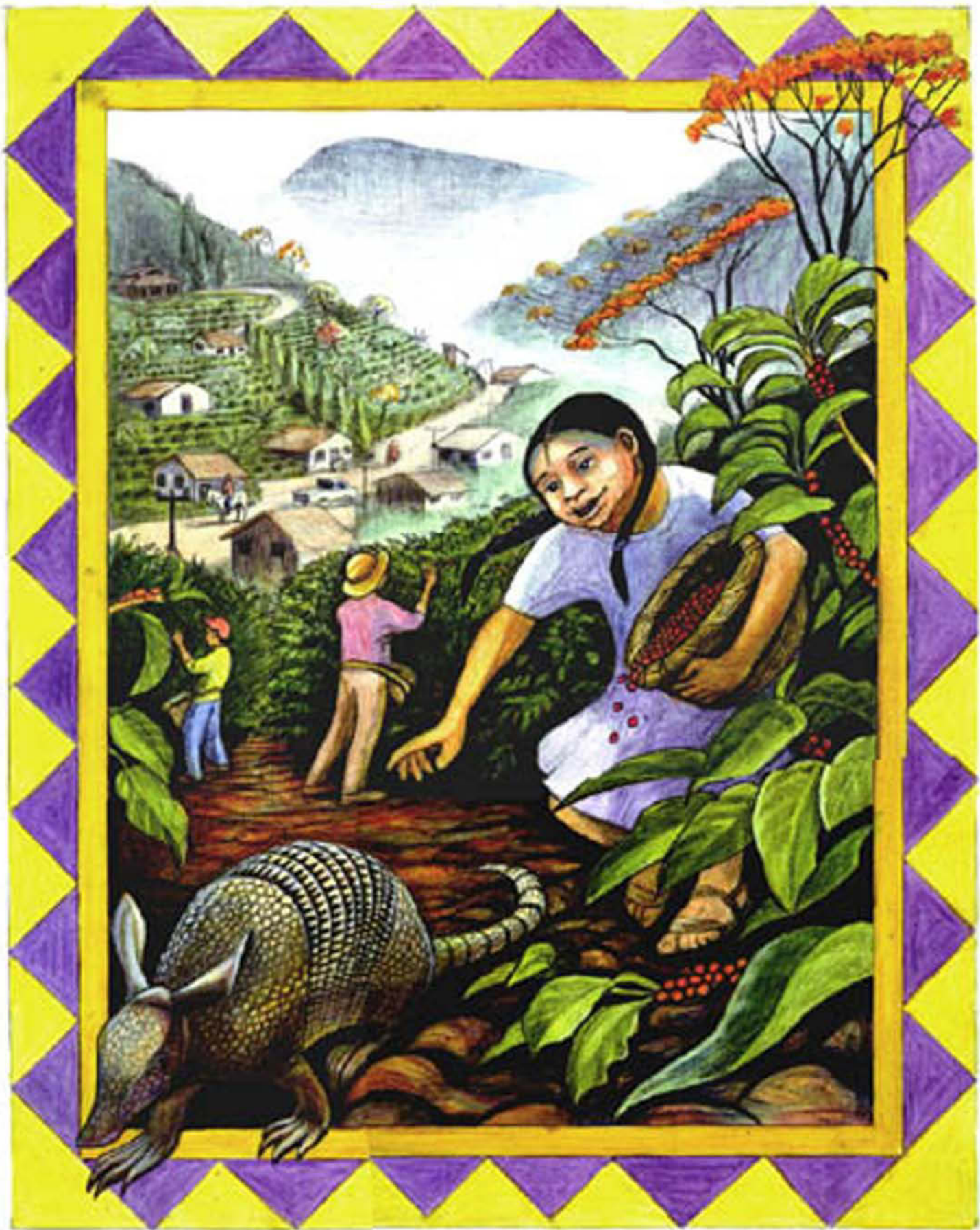
© Rainforest Alliance, 2002

Clara vive en Río Negro, en las montañas de Colombia. Ella trabaja en la finca cafetera de su familia y va a la escuela. Lo que más le gusta de la escuela es cuando Carolina y Hilma, de la Fundación Natura, le dan la clase sobre las plantas y los animales. A Clara le encantan los animales.

Una vez, mientras cogía café, Clara vio a un armadillo humseando por el suelo. Ella se acercó y el armadillo no se dio cuenta, hasta que tropezó con su pie.

-¡Ay! -exclamó; saltó y se alejó a prisa.

-¡No te preocupes, no te haré daño! -decía Clara mientras corría detrás del armadillo, pero él se escondió en un hueco cerca de la quebrada.



Al día siguiente, Clara fue a la quebrada para observar el armadillo. Se veía gracioso husmeando el suelo con su nariz puntiaguda. Mientras lo miraba escarbar raíces y gusanitos para comer, ella imaginó que era su mascota. El libro sobre animales de Carolina decía que el género para los armadillos es *Dasyopus*. Como *Dasyopus* era demasiado difícil de pronunciar, Clara decidió llamar a su armadillo Daisy. Ella se acercó mucho más, hasta casi tocarlo.

-¡Ay! -el armadillo chilló y empezó a correr.

-¡No corras, Daisy! ¡Solo quiero acariciarte! -dijo Clara persiguiéndolo.

El armadillo corrió hasta que llegó a una roca tan grande que no pudo treparla.

-¡Por favor no me comas! -gritaba, y se enroscó como una bolita acorazada.

-Armadillo tonto. No quiero comerte. Quiero ser tu amiga. -Clara se agachó sobre la bolita acorazada. -No siempre está bien salir corriendo, Daisy.

-*Mhim hmm hhmt mimhbm*. -murmuraba la bolita.

-¿Qué? -le preguntó Clara acercándose más.

-*Mhim hmm hhmt mimhbm!*

-No te oigo. -dijo Clara-. ¡Sal de la coraza!

El armadillo sacó su cabecita puntiaguda. -¡Dije que mi nombre no es Daisy!

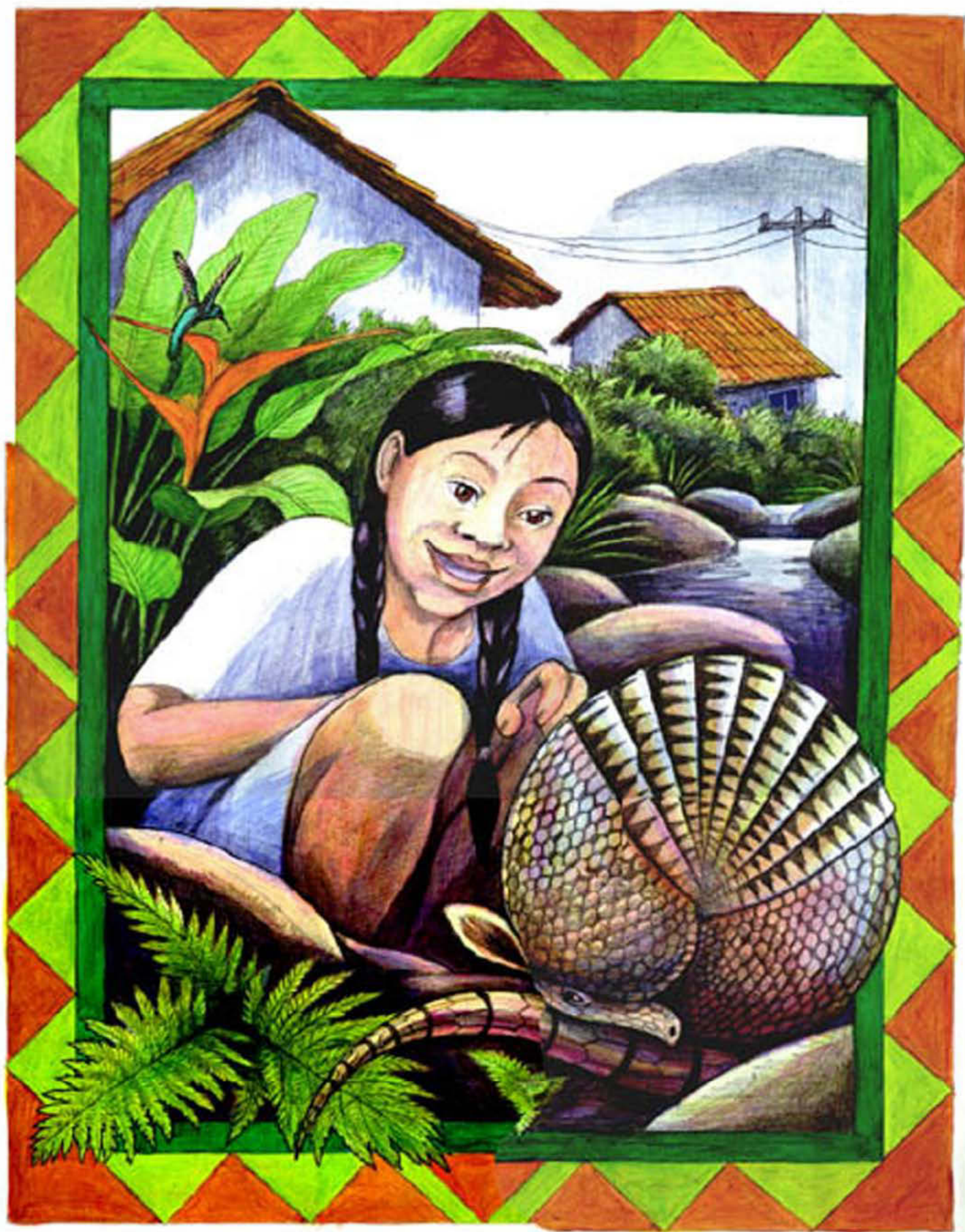
-¡Ah! -dijo Clara-. ¿Cómo te llamas entonces?

-Arturo Antonio Armadillo. -declaró.

-Mmmm. -suspiró Clara-. Yo creo que Daisy es un nombre mucho más bonito.

-¿Por qué me persigues? -preguntó el armadillo.

-Porque quiero ser tu amiga. No quise asustarte.



-Si quisieras ser mi amiga, déjame solo. Soy un armadillo bien ocupado. Y empezó a husmear el suelo otra vez. -Tengo que encontrar gusanitos y escarbar raíces.

-Pues esa no es la manera de tratar a alguien. -se quejó Clara pateando una roca. Debajo había un jusano gordito que se retorció.

-¡Buen trabajo! -gritó Arturo y se tragó el gusano-. Ummm, rico, rico.

-¡Guaca! -dijo Clara.

A Clara le parecían asquerosos los gusanos, pero al día siguiente encontró uno debajo de una roca y se lo dio a Arturo. El se puso contento y la dejó acariciarlo mientras se lo comía. Cada día ella volvía y lo ayudaba a encontrar gusanos y hongos y otras cosas para comer. Ella no le contó a nadie sobre su amigo, porque a algunos de sus vecinos les gustaba comer armadillos. Era su secreto, pero un día su hermano Santiago la siguió.

-¡Viene alguien! -lanzó un grito Arturo Antonio y se enrolló en una bolita.

-¿Qué estás haciendo? -le preguntó Santiago a Clara.

-Nada. -dijo ella.

Santiago vio el armadillo enrollado. -¡Un balón de fútbol! -exclamó y corrió a patearlo.

-¡Detente! -gritó Clara agarrando a su hermano-. -¡No es un balón!

Arturo se desenrolló.

-¡Uy! -exclamó Santiago.

-Casi pateas a Daisy -lo regaña Clara-. -¡Pídele perdón!

-Perdóname, Daisy. -dijo Santiago.

-Mi nombre no es Daisy. -se quejó Arturo.



Santiago prometió no contarle a nadie, per Clara empezó a preocuparse. El Señor Matanzas le asustaba de sobremanera. Él siempre salía a cazar con sus perros. Si descubriera a Daisy, seguramente lo querría para un cocido.

Arturo le contó una vez sobre lo peligrosa que podía ser su vida en algunas ocasiones: -A veces es terrible. Los perros me persiguen. Los niños me tiran piedras. Un hombre trató de dispararme. Tú eres la única persona querida en el mundo.

-Eso no lo creo -dijo Clara-. Hilda y Carolina de la Fundación Natura son muy especiales. Ellas tratan de hacer que Cachalú, el gran parque en la montaña, sea un lugar seguro para todos los animales. Ellas siempre nos enseñan qué hacer para proteger a los animales. ¡Ah! Y Santiago no te pateó.

-Eso estuvo bien -dijo el armadillo.

De repente Clara escuchó algo a su espalda. Se dio la vuelta y vio a un perro que corría hacia ellos. -¡Fuche! -le dijo.

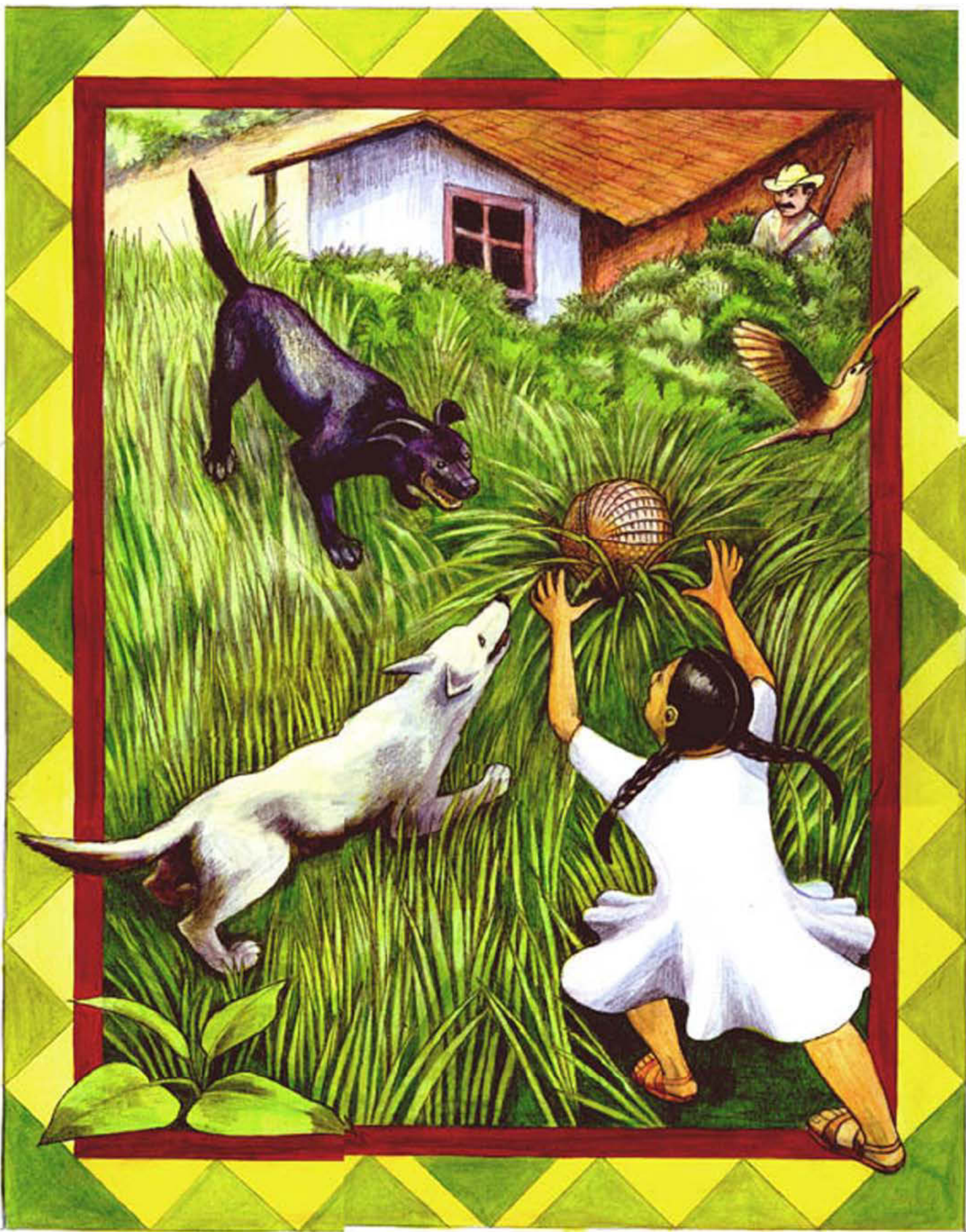
-Terrible, terrible! -dijo el armadillo mientras se enrollaba. El perro se acercó y ladró y ladró.

-¡Vete! -le gritó Clara. Luego ella reconoció al perro. ¡Era el perro del Señor Matanzas! Clara escuchó más ladridos detrás de ella. Entre los árboles pudo ver al Señor Matanzas acercándose a ellos.

-¡Oh no! -exclamó-. ¡Tienes que salir corriendo, Daisy!

El armadillo no se movió. -*Mhim hmm hhmt mimhmm* -murmuraba.

Clara miró detrás de ella. El Señor Matanzas se estaba acercando junto con su otro perro. -¡Corre por tu vida! -gritó. Pero la bolita acorazada se quedó bien quieta. Ahora ambos perros ladraban. ¿Qué iba a hacer ella?



Clara se arrodilló y rodó a Arturo a la parte delantera de su vestido y lo alzó. Salió corriendo pero los perros los siguieron mientras ladraban. Clara les tiró piedras para que la dejaran en paz y siguió corriendo.

Arturo el armadillo era pesado, así que no podía correr muy rápido, pero aún así siguió. Caminó durante horas atravesando fincas y potreros. Pasó por debajo de las cercas. Cruzó ríos saltando de piedra en piedra. Y siguió caminando hasta que llegó a la Reserva Biológica de Cachalú.

Entrando en el bosque, Clara puso a Arturo en el suelo. -Este es tu nuevo hogar, Daisy -le dijo-. Nadie te podrá hacer daño aquí.

Arturo se desenrolló y miró a su alrededor. Había plantas por todas partes y los pájaros cantaban en la copa de los árboles. Husmeó un hongo cercano y luego lo probó. -Delicioso, delicioso -masticaba.

Clara se agachó para acariciarlo. -Me vas a hacer mucha falta Daisy.

-Tú también me harás falta -dijo el armadillo-. Tú eres la mejor persona del mundo. Aunque me sigas llamando Daisy.

Clara sonrió. -Tú eres el mejor armadillo del mundo.

Se dio la vuelta y volvió por la trocha—atravesó potreros, quebradas, y cercas. Estaba cansada y hambrienta cuando finalmente llegó a su casa. Por suerte su mamá le había preparado su sopa preferida para cenar, un *ajiacó*.

-Eres la mejor mamá del mundo -dijo Clara. Y le dio un gran abrazo a su mamá.

